

quizá también otras cualidades del primer trabajo; si no correspondo á la esperanza de los lectores que me han pedido mi primera impresión, tampoco quisiera despojar á mi obra completamente de su sello primitivo. No es mi ánimo reivindicar para la primera parte, en la forma que en la actualidad tiene, el carácter de una verdadera monografía histórica; no puedo ni quiero olvidar que mi libro es ante todo una obra de enseñanza, de demostración y de progreso que se persigue desde la primera hasta la última página, y que, para preparar mejor á los lectores y lograr su fin, sacrifica la apacible uniformidad de una relación puramente histórica; pero acudiendo sin cesar á las fuentes, y añadiendo notas y numerosas aclaraciones, espero en gran parte remediar la falta de no haber escrito una verdadera monografía, sin renunciar al objeto esencial que me propuse. Ahora, como antes, deseo *esclarecer los principios*, y nunca me perdonaría que mi obra no correspondiese con toda exactitud al título que la he dado, título que tiene hoy un derecho histórico y debe ser conservado. Para satisfacer á los lectores que se fijan, sobre todo, en la exposición histórica por defectuosa que sea, he dado en la primera parte un índice especial; esta parte y la segunda forman, en mi opinión, una unidad indisoluble; sin embargo, no soy yo quien ha de decir lo que es mi obra y me daré por satisfecho si mis lectores, aun aquellos que hayan de utilizarla menos, son bastante indulgentes para el autor, comprendiendo la inmensa dificultad de su tarea.

A. Lange.

PRIMERA PARTE

EL MATERIALISMO EN LA ANTIGÜEDAD

CAPÍTULO PRIMERO

Período del antiguo atomismo, particularmente Demócrito.

El materialismo se encuentra en los más antiguos ensayos de la concepción filosófica del mundo.—Conflicto entre la filosofía y la religión.—Prueba de este conflicto en la antigua Grecia.—Origen de la filosofía.—Influencia de las matemáticas y del estudio de la Naturaleza.—Relaciones con el Oriente.—Comercio.—Predominio de la deducción.—Sistematización del materialismo por el atomismo.—Demócrito: su vida y su personalidad; su doctrina.—Eternidad de la materia.—Necesidad.—Los átomos y el vacío.—Cosmogonía.—Propiedades de las cosas y de los átomos.—El alma.—Ética.—Empédocles y el origen de la idea de finalidad.

El materialismo es tan antiguo como la filosofía, pero no más antiguo que ella. El concepto de las cosas que domina en los tiempos más remotos de la civilización no va más allá de las contradicciones del dualismo y de las formas fantásticas de la personificación, y los primeros ensayos intentados para resolver estas contradicciones y adquirir una idea sistemática del mundo que escape á las habituales ilusiones de los sentidos, conducen directamente á la filosofía, y, entre estos primeros ensayos, el materialismo ocupa ya su puesto (1).

Mas desde el instante en que el pensamiento comienza á proceder con lógica, se entabla la lucha con las doctrinas tradicionales de la religión; esta última tiene sus raíces en las concepciones esenciales más antiguas, más toscas y más contradictorias, que la ignorante muche-

dumbre no cesa de reproducir con fuerza irresistible. Una revelación inmanente presta á la religión un sentido profundo, más bien por conducto del sentimiento que por el de la percepción clara y consciente, al mismo tiempo que la regia pompa de la mitología y la venerable antigüedad de la tradición la hacen adorable al pueblo. Las cosmogonías de Oriente y de la primitiva Grecia tienen tantas concepciones materialistas como espiritualistas; no intentan explicar el mundo por un principio único, sino que presentan divinidades antropomórficas, seres primitivos á la vez materiales y espirituales, elementos que se agitan en el caos y fuerzas que libran combates en variadas creaciones y en medio de incesantes vicisitudes. En frente de esta fantasmagoría el pensamiento despierta pidiendo unidad y orden, así que toda filosofía conduce á una guerra inevitable con la teología de su época, guerra más ó menos encarnizada ó más ó menos latente según las circunstancias.

Es un error no reconocer la existencia y aun la intensidad de tales conflictos en la antigua Grecia; pero es fácil determinar cómo ha nacido este error. Si en un lejano porvenir nuestros descendientes no pudieran juzgar la actual civilización más que por los fragmentos de la obra mutilada de un Goethe ó de un Schelling, de un Herder ó de un Lessing, apenas si sospecharían los abismos profundos y los violentos disentimientos que separan entre nosotros á los diferentes partidos. Es propio de los grandes hombres de todos los tiempos conciliar en ellos mismos las tendencias contrarias de su época, así se nos aparecen en la antigüedad Platón y Sófocles; cuanto más eminente es un escritor, menos muestra en sus obras las huellas de las luchas que apasionaron á las multitudes de su tiempo, y en cuyas luchas, sin embargo, él ha debido también tomar parte. La mitología, que se nos presenta en las formas rientes y ligeras que la dieron los poetas griegos y latinos, no era la religión de las masas

populares ni de las clases ilustradas, sino un terreno neutral donde unos y otros podían encontrarse y entenderse (2). La multitud creía mucho menos en el conjunto de las divinidades del Olimpo, tal como le habían poblado los poetas, que en la divinidad especial de la ciudad ó la comarca, cuya imagen era reverenciada en el templo como singularmente santa; no eran las hermosas estatuas de los artistas célebres las que cautivaban á la multitud devota, sino las imágenes antiguas y venerables groseramente talladas, pero santificadas por la tradición. También existía entre los griegos una ortodoxia rígida y fanática que se apoyaba tanto en los intereses de una orgullosa casta sacerdotal como en la fe de las muchedumbres ávidas de los favores divinos; todo esto se habría quizá olvidado en absoluto si á Sócrates no le hubieran condenado á beber la cicuta; Aristóteles mismo huyó de Atenas para evitar que la ciudad cometiera un segundo crimen contra la filosofía; Protágoras se vió precisado á desterrarse y su escrito acerca de los dioses fué quemado por orden de los magistrados; Anaxágoras, preso, debió su salvación á la fuga; Teodoro *el ateo* y verosímelmente también Diógenes de Apolonia, fueron perseguidos por negar la existencia de los dioses... ¡y esto ocurría en Atenas, en el pueblo más humano de la Grecia!

* A los ojos de la multitud, el filósofo, aun el más espiritualista, debe ser perseguido como ateo, porque ningún pensador imagina á los dioses tales como la tradición sacerdotal quiere que se les represente. Si dirigimos una mirada á las costas del Asia Menor en los siglos que inmediatamente preceden al brillante período de la vida intelectual de los helenos, veremos las colonias de los jonios con sus numerosas é importantes ciudades distinguirse por su opulencia, su prosperidad material, su genio artístico y el refinado lujo de sus costumbres; el comercio, las alianzas políticas y el deseo creciente de instruirse, impulsan á los habitantes de Efeso y de Mileto á los viajes

lejanos, les ponen con frecuencia en contacto con las costumbres y las opiniones extrañas que permiten á una aristocracia de ideas independientes elevarse á un punto de vista superior al de las masas, menos ilustradas. Las colonias dóricas de Sicilia y de la Italia meridional disfrutaron á la vez de un precoz florecimiento; puede admitirse que, mucho tiempo antes de la aparición de los filósofos, las citadas influencias habían difundido en las clases elevadas una concepción del universo más clara y libre que en el resto de la sociedad. En medio de estos hombres ricos, considerados, duchos en los negocios é instruídos por numerosos viajes, nació la filosofía; Tales, Anaximandro, Heráclito y Empédocles ocuparon un puesto eminente entre sus conciudadanos; no hay que extrañar que nadie pensara en pedirles cuenta de sus opiniones; menos afortunado en el siglo XVIII, Tales, objeto de algunas monografías en las que se trata de dilucidar si fué ateo, dió lugar á vivas controversias (3). Si comparamos, desde este punto de vista, á los filósofos jonios del siglo VI con los filósofos atenienses de los siglos V y IV (antes de J. C.), sin querer recordaremos la situación de los librepensadores ingleses del siglo XVII y la de los enciclopedistas franceses del XVIII; en Inglaterra nadie pensó en mezclar al pueblo en la lucha de las ideas, en tanto que en Francia se opuso al libre pensamiento el fanatismo de la multitud.

Al progreso del racionalismo correspondió, entre los jonios, el desarrollo de las matemáticas y de las ciencias de la naturaleza: Tales, Anaximandro y Anaximeno se ocuparon de los problemas especiales de la astronomía tanto como de la explicación natural del universo y Pitágoras de Gamos introduce el gusto por las investigaciones matemáticas y físicas en las colonias occidentales de la raza dórica. En la parte oriental del mundo griego es donde las relaciones con Egipto, Fenicia y Persia eran más frecuentes y donde nació el movimiento científico;

este hecho incuestionable prueba la influencia del Oriente en la cultura helénica con más claridad que las tradiciones fabulosas de los viajes emprendidos por los filósofos griegos á fin de perfeccionar sus observaciones y estudios (4). La idea de una originalidad absoluta puede admitirse si sólo se tiene en cuenta la forma, y si de su perfecto florecimiento se deduce que las raíces se hallan profundamente ocultas en el suelo; pero esta originalidad se convierte en pura fantasía cuando, partiendo de los resultados negativos de la crítica de todas las tradiciones especiales, se llega hasta negar las conexiones y las influencias que por sí mismas se deducen del estudio de las relaciones naturales entre los pueblos, aunque los orígenes corrientes de la historia no digan palabra alguna. Las relaciones políticas y, sobre todo, comerciales subsisten necesariamente por infinitas vías y hacen afluir de un pueblo á otro los conocimientos, las invenciones y las ideas. Si la frase de Schiller «¡Oh, dioses; el comerciante os pertenece!» es esencialmente humana y, por consecuencia, aplicable á todos los tiempos, muchas ideas de importación extranjera las ha unido después la fábula á un nombre célebre, mientras que los verdaderos importadores de ellas han quedado desconocidos para la posteridad. El Oriente superó á los griegos en la astronomía y en la cronometría; de este modo los pueblos de Oriente conocieron y aplicaron ellos mismos las matemáticas en una época en que Grecia no pensaba aún en nada semejante, y precisamente las matemáticas fué la ciencia en que los griegos acabaron por sobrepasar con mucho á todos los pueblos de la antigüedad.

Á la libertad y á la audacia del espíritu helénico se unía la facultad innata de deducir consecuencias, de enunciar con precisión y claridad proposiciones generales, de fijar con rigor y seguridad el punto de partida de una investigación y de clasificar los resultados de una manera clara y luminosa; en una palabra, los griegos te-

nian el talento de la deducción científica. Hoy se acostumbra, sobre todo entre los ingleses, desde Bacon, á despreciar el valor de la deducción; Whewell, en su célebre *Historia de las ciencias inductivas*, es con frecuencia injusto con los filósofos griegos, principalmente con la escuela de Aristóteles; en un capítulo especial refiere las causas de sus fracasos, aplicando de continuo el criterio de nuestra época y nuestro punto de vista científico; por nuestra parte sólo diremos que habría que hacer un gran trabajo antes de pasar del amontonamiento sin crítica de las observaciones y tradiciones al sistema actual de experimentación, tan fecundo en resultados; primero sería preciso crear una escuela de lógicos, capaces de ir derechos al fin inmediato sin preocuparse demasiado de las premisas; esta escuela la fundaron los helenos, y nosotros les debemos los principios esenciales del método deductivo, los elementos de las matemáticas y las reglas de la lógica formal (5). Á lo que parece, es por una inversión del orden natural de las cosas como la humanidad aprende á construir deducciones exactas antes de que sepa encontrar las verdaderas premisas del razonamiento; pero este hecho deja de parecer contrario al orden natural si nos colocamos en el punto de vista de la psicología y de la historia.

Sin duda, las especulaciones acerca del universo, miradas en su conjunto y en la conexión de sus partes, no podían, como las investigaciones matemáticas, dar resultados durables; sin embargo, fué conveniente que esos innumerables ensayos vinieran, aun con la estéril y quebradiza confianza con que se lanzaban en ese mar sin orillas, antes de que la crítica filosófica pudiera demostrar con éxito por qué un mismo método, al menos en la apariencia, producía por una parte un progreso positivo y por otra nada más que ciegos tanteamientos. Hasta en estos tiempos, en las nuevas aventuras metafísicas de la filosofía, recién emancipada del yugo de la escolástica,

nada ha contribuído tanto á extraviar el pensamiento como la embriaguez producida por los admirables progresos de las matemáticas en el siglo xvii. Hemos de confesar que en este último caso el error favorecía el progreso de la cultura, porque no sólo los sistemas de Descartes, Espinosa y Leibniz impulsaron á pensar y estudiar en todas direcciones, sino que también eliminaron para siempre la escolástica, ya condenada por la crítica, y abrieron nuevos caminos á una concepción más saludable del universo.

En Grecia se trató, antes que nada, de disipar las nubes de lo maravilloso y de libertar el estudio del universo del caos mitológico de las ideas religiosas y políticas, á la vez que penetrar en el terreno de la razón y la observación severas; esto no podía realizarse más que con el auxilio del método materialista, porque los objetos exteriores están más cerca de nuestra conciencia natural que el yo, y el yo mismo, en el pensamiento de los pueblos primitivos, reside más bien en el cuerpo que en la esencia espiritual, sombra de alma medio soñada, medio imaginada, de la que hacen la compañera del cuerpo. La proposición de Voltaire, que, no obstante, era en general un ardiente adversario del materialismo: «Soy cuerpo y pienso», hubiera merecido sin duda la aprobación de los filósofos griegos. Cuando se empezaba á admirar la finalidad del universo y de sus partes, principalmente los organismos, un discípulo de la filosofía natural jonia, Diógenes de Apolonia, fué quien identificó la razón ordenadora del mundo con el elemento primordial: el aire. Si este elemento hubiera sido sensible, y sus funciones sensitivas se cambiasen en pensamientos en virtud de la organización cada vez más complicada y del movimiento de la materia primordial, se habría podido desenvolver en esta dirección un materialismo riguroso, quizá más sólido que el materialismo atomístico; pero el elemento racional de Diógenes es omnisciente; de este modo el

enigma último del mundo de los fenómenos se halla relacionado con el origen primero de las cosas (6).

Los atomistas rompieron este círculo vicioso fijando la esencia de la materia; de todas las propiedades de las cosas eligieron para atribuírselas á la materia las más simples é indispensables para comprender un hecho que se produce en el tiempo y el espacio, y se esforzaron en hacer salir de estas solas propiedades el conjunto de los fenómenos. La escuela de Elea pudo haber adelantado á los atomistas en este camino, separando las engañosas variaciones de los fenómenos sensibles del elemento permanente que sólo el pensamiento puede reconocer como el único y verdaderamente existente. Los pitagóricos, que colocaban la esencia de las cosas en el número, es decir, en el origen y en las relaciones numéricamente determinables de las formas corporales, han contribuído quizá á reducir todas las propiedades sensibles á la forma de la combinación atómica. Sea como quiera, los atomistas dieron la primera idea perfectamente clara de lo que es preciso entender por materia como base de todos los fenómenos. Una vez establecido este principio, el materialismo estaba completo como la primera teoría, clara y lógica, de todos los fenómenos. La empresa era tan audaz y tan grandiosa como correcta desde el punto de vista del método, pues mientras que se tomasen por punto de partida los objetos exteriores del mundo de los fenómenos, no podría seguirse ninguna otra dirección para llegar á explicar lo enigmático por lo evidente, lo complejo por lo simple y lo desconocido por lo conocido; aun la insuficiencia de cualquier explicación mecánica del universo no podría aparecer más que en esta dirección, la única que condujo á una explicación completa.

Pocos grandes hombres de la antigüedad han sido tan maltratados por la historia como Demócrito; en la gran caricatura que una tradición ignorante nos ha transmitido, no queda de él casi nada más que el nombre de filósofo

risueño, en tanto que conocemos con todos sus detalles personajes de mucho menos mérito. Una razón más para admirar el tacto con que Bacon de Verulamio, que por lo general apenas se distingue por su conocimiento de la historia, eligió á Demócrito entre todos los filósofos de la antigüedad para adjudicarle el premio como investigador sólido; por el contrario, Aristóteles, el ídolo filosófico de la Edad media, no le considera más que como el creador de una ciencia ilusoria y funesta, y el inventor de un vocabulario vacío de sentido. En cambio, Bacon, no hizo ni pudo hacer justicia á Aristóteles, porque la filosofía inglesa carece de ese sentido histórico que, aun en los graves errores, sabe apreciar la inevitable transición que existe de un concepto á otro más exacto de la verdad. Bacon encontró en Demócrito una inteligencia semejante á la suya y, á pesar del abismo de dos mil años que le separaba del filósofo griego, le estimó casi como su contemporáneo; en efecto, inmediatamente después de Bacon, el atomismo, en la forma que le imprimió Epicuro, se convirtió provisionalmente en la base del estudio de la naturaleza entre los modernos.

Demócrito era ciudadano de la colonia jonia de Abdera, en las costas de Tracia; los abderitas no tenían aún la reputación de *papanatas*, que alcanzaron más tarde; su floreciente ciudad comercial era rica y poseía excelentes cultivos; el padre de Demócrito tenía una opulenta fortuna y de seguro su hijo, tan bien dotado por la naturaleza, recibió una educación vasta y profunda, aunque la tradición, sin fundamento alguno histórico, le haya hecho discípulo de los magos de Persia (7). Cuentan que gastó su patrimonio en largos viajes que le hizo emprender su deseo de instruirse, y, habiendo regresado pobre á su patria, le socorrió su hermano, adquiriendo en seguida la reputación de sabio, inspirado por los dioses, gracias al éxito de sus predicciones meteorológicas; por último, escribió su gran obra *Diacosmos*, que leyó en público á sus

37063

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEDA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE YES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

conciudadanos y que le valió cien talentos, ó según otros quinientos, y que le erigieran muchas estatuas. No es conocida la fecha de su muerte, pero, según la opinión general, alcanzó una edad muy avanzada y expiró con serenidad y sin dolores. Numerosas anécdotas van unidas á su nombre, pero casi ninguna de ellas le caracteriza con exactitud; las semblanzas menos fieles que de él se han trazado son las que le representan como el filósofo *risueño*, en oposición á Heráclito, el filósofo *llorón*; estos retratos nos le muestran como un chistoso zumbón ridiculizando las locuras humanas y defendiendo una filosofía superficial y siempre optimista; tan inexacta como esta es la opinión que hace de él un simple compilador ó, lo que es peor todavía, un adepto de las doctrinas secretas y místicas. De las contradictorias reseñas relativas á su personalidad resulta con evidencia que su vida entera estuvo consagrada á las investigaciones científicas y racionales tan minuciosas como extensas. El compilador, que reunió los escasos fragmentos que nos quedan de sus numerosos escritos, le coloca, con relación á su inteligencia y sabiduría, sobre todos los filósofos anteriores á Aristóteles, y aun conjetura que el estagirita le es deudor en gran parte y que la vasta ciencia que en este último se admira se debe al estudio de las obras de Demócrito (8).

Notemos un rasgo característico: este hombre, de un saber tan dilatado, profesaba la máxima de que «es preciso aspirar, no á la plenitud de la ciencia, sino á la plenitud de la inteligencia»; y cuando con orgullo disculpable habla de su obra, no insiste en el número y la diversidad de sus escritos, sino en lo mucho que vió por sí mismo, en haber conversado con otros sabios y en haber adoptado el método matemático. «De todos mis contemporáneos—dice—, soy yo quien ha recorrido más y la mayor parte de la tierra, quien visitó las más lejanas regiones, vió más climas y comarcas, oyó á más pensadores y nadie me ha superado en las construcciones y demos-

traciones geométricas, ni aun los geómetras de Egipto, entre los cuales yo, extranjero, he vivido cinco años seguidos» (9). Entre las causas que explican el olvido en que cayó Demócrito debemos mencionar esta: no era ambicioso ni apasionado por las luchas dialécticas. Visitó á Atenas sin darse á conocer á ninguno de los filósofos de esta ciudad. En el número de sus sentencias morales se encuentra la siguiente: «El que ama la contradicción y la verbosidad es incapaz de aprender nada que sea serio». Semejantes disposiciones no eran la mejor recomendación para la ciudad de los sofistas, y ellas impidieron á Demócrito relacionarse con Sócrates y Platón cuya filosofía se desarrollaba completamente en medio de las luchas dialécticas.

Demócrito no fundó escuela; parece que tuvo más celo y actividad en extractar sus obras que en transcribirlas íntegramente; el conjunto de su filosofía llegó á fundirse al fin en la doctrina de Epicuro. Aristóteles le nombra con frecuencia y con respeto, pero no le cita más que para combatirlo y en casos tales no le trata con la justicia y la imparcialidad convenientes (10); no sabemos cuánto le habrá tomado sin nombrarle. Platón no le menciona en parte alguna, aunque en ciertos pasajes parece que le ataca sin decir á quién; acaso por esto se dijo que en un momento de fanático ardimiento Platón quiso comprar y quemar todos los escritos de Demócrito (11). En nuestros días Ritter ha abrumado la memoria de Demócrito con todo el peso de su iracundo antimaterialismo; nosotros nos asociamos, no obstante, al homenaje imparcial que le consagra Brandis y á la brillante y victoriosa apología que le dedica Zeller, pues entre los grandes pensadores de la antigüedad, Demócrito, sin disputa, puede ser considerado como uno de los más grandes. Á pesar de los vacíos indicados, conocemos mejor la doctrina de Demócrito que las opiniones de muchos filósofos, de los que restan numerosos fragmentos, y atribuimos

esta ventaja á la claridad y á la lógica de su concepción del mundo, que nos permite reconstruir fácilmente el conjunto de su sistema hasta en sus más mínimos detalles. El fundamento de su doctrina es el atomismo, que él sin duda no inventó, pero que nadie, por cierto, antes que él había comprendido su importancia. En el transcurso de nuestra *Historia del materialismo* mostraremos cómo el atomismo moderno se deriva del atomismo de Demócrito por lentas y sucesivas transformaciones. Podemos considerar las siguientes proposiciones como las bases esenciales que constituyen la metafísica de Demócrito:

1.^a «De la nada no procede cosa alguna; nada de cuanto existe puede ser aniquilado; todo cambio no es más que agregación ó disgregación de las partes». Esta proposición, que contiene ya en principio las dos grandes tesis de la física moderna (la indestructibilidad de la materia y la conservación de la energía); en el fondo se vuelve á encontrar en Kant como la primera «analogía de la experiencia»; «á pesar de todas las modificaciones de los fenómenos, la substancia persiste y su cantidad ni aumenta ni disminuye en la naturaleza». Kant añade que en todo tiempo, no sólo los filósofos, sino también el sentido común, ha supuesto la persistencia de la substancia. Esta proposición, que ha de alcanzar el valor de un axioma como condición preliminar é indispensable de cualquier experiencia regular, tiene, sin embargo, su historia. El hombre, en el estado natural, posee más imaginación que lógica; nada le es tan familiar como la idea de nacimiento y destrucción, y el dogma cristiano del universo *creado de la nada* no ha sido, ciertamente, el primer obstáculo en que tropezó la crítica. Desde el origen del pensamiento filosófico aparece también sin duda alguna el axioma de la persistencia de la substancia, si bien un poco velado; en el *infinito* de Anaximandro, de donde emanan todas las cosas, y en el fuego primitivo y

divino de Heráclito, en cuyo seno los mundos se consumen sucesivamente para nacer de nuevo, encontramos sobrentendida la substancia eterna. Parménides de Elea es el primero que niega todo nacimiento y toda destrucción; el sér, á los ojos de los eléatas, es lo realmente existente, el todo único, esfera perfectamente circular en la cual no hay cambio ni movimiento; ¡cualquier modificación no es más que apariencia! Pero aquí se produce, entre la apariencia y el sér, una contradicción que no podía ser la última palabra de la filosofía. La afirmación exclusiva de un axioma trae consigo otro axioma: «nada existe sin causa». ¿Cómo, pues, la apariencia podía nacer de sér tan inmutable? Agregad á esto el absurdo de la negación del movimiento, que, á decir verdad, ha provocado innumerables discusiones y favorecido el nacimiento de la dialéctica. Empédocles y Anaxágoras eliminan este absurdo y refieren todo nacimiento y toda destrucción á la unión y separación de los elementos; pero el atomismo fué el primero que dió á este pensamiento una forma perfectamente clara é hizo de él la piedra angular de una concepción estrictamente mecánica del universo; á esto faltaba añadir el axioma de la necesidad de todo cuanto ocurre.

2.^a «Nada sucede fortuitamente, sino que todo tiene su razón y su necesidad» (12). Esta proposición, que una tradición dudosa atribuye á Leucipo, ha de ser entendida en el sentido de una refutación perentoria á toda teleología, porque la *razón* no es otra cosa que la ley matemática y mecánica á la cual los átomos, en sus movimientos, obedecen con una necesidad absoluta. También Aristóteles se lamenta muchas veces de que Demócrito, descartando las causas finales, lo explique todo por una necesidad natural; Bacon de Verulamio elogia á Demócrito precisamente por esta explicación en el primero de sus escritos acerca del *Acrecentamiento de las ciencias*, donde logra todavía reprimir prudentemente la irritabi-

lidad constante que le produce el sistema de Aristóteles. Dicha negación esencialmente materialista de las causas finales ha dado lugar, con motivo de Demócrito, á los mismos errores que hoy reinan, por lo general, para con los materialistas, censurándoles de hacer que todo lo gobierne un ciego azar. Sin embargo, hay completa contradicción entre el azar y la necesidad, aunque nada es más frecuente que la confusión de estos dos términos; la idea de la necesidad es perfectamente clara y precisa, en tanto que la idea del azar es muy indecisa y relativa. Cuando una teja cae sobre la cabeza de un transeunte, se considera este accidente como un efecto de azar, y, no obstante, nadie duda de que la presión del aire producida por el viento, las leyes de la gravedad y otras circunstancias naturales dan completa razón de esa caída, que de este modo resulta de una necesidad natural, y que, de igual suerte, por otra necesidad natural ha debido tocar la cabeza que estaba precisamente en el sitio determinado donde había de caer. Por este ejemplo se ve fácilmente que la hipótesis del azar no es, hablando con propiedad, más que una negación parcial de la causa final; la caída de la teja no se explica, en nuestro concepto, por ninguna finalidad racional cuando la declaramos fortuita. Si con la filosofía cristiana se admite ahora la finalidad absoluta, se excluye también el azar tan completamente como admitiendo la causalidad absoluta; desde este punto de vista, las dos concepciones del mundo más lógicas se equiparan perfectamente y ambas no dejan á la idea del azar más que una significación arbitraria y poco práctica. Llamamos accidental, de una manera antifilosófica y para abreviar el discurso, ó bien aquello de lo cual no comprendemos el fin ni la causa, ó bien, colocándonos en un punto de vista exclusivo, afirmamos, contra los partidarios de la teleología, la producción fortuita del hecho por no reconocer las causas finales, y, sin embargo, rechazamos el azar en el mo-

mento que afirmamos que todo hecho tiene una razón suficiente. Estamos en la verdad cuando se trata de ciencias naturales ó exactas, porque únicamente del lado de las causas eficientes el mundo de los fenómenos es accesible á las investigaciones de la ciencia; cualquier intrusión de las causas finales que se coloque al lado ó sobre las fuerzas naturales que obran necesariamente, es decir, según leyes conocidas, es una negación parcial de la ciencia, una prohibición arbitraria de penetrar en un dominio todavía inexplorado (13). Bacon tenía á la teleología absoluta por aceptable, aunque no comprendía bien su sentido; esta idea de una finalidad en el conjunto de la naturaleza, la cual no se deja comprender más que paso á paso en los detalles y por el estudio de las causas eficientes, esta idea, decimos, no conduce realmente á ninguna finalidad puramente humana, ni, por lo tanto, á una finalidad que el hombre pueda explicarse en sus pormenores, y, no obstante, las religiones tienen imperiosa necesidad de una finalidad antropomórfica, por cuya razón es una contradicción de la ciencia como la poesía es una contradicción de la verdad histórica; así que la finalidad y la poesía no tienen derecho de ciudadanía más que en la contemplación ideal de las cosas. De aquí la precisión de eliminar toda causa final para que la ciencia sea posible. Demócrito, ¿obedecía á este motivo cuando de la estricta necesidad hizo la base de la observación de la naturaleza? Sin dar más proporciones al conjunto del sistema que estamos delineando, se llega á reconocer que Demócrito exigía, como condición indispensable de todo conocimiento racional de la naturaleza, una idea clara de la necesidad natural, y, según esto, el origen de esta idea ha de buscarse en el estudio de las matemáticas, cuya influencia, en este sentido, ha sido igualmente decisiva en los tiempos modernos.

3.^a «Sólo existen los átomos y el vacío, todo lo demás son hipótesis». Esta proposición contiene á la vez el

lado vigoroso y el punto débil del atomismo. El fundamento de toda explicación racional de la naturaleza y de todos los grandes descubrimientos modernos ha sido la reducción de los fenómenos al movimiento de las más pequeñas moléculas, y sin duda la antigüedad clásica hubiera llegado por este camino á importantes resultados si la reacción contra las tendencias naturalistas de la filosofía, emanada de Atenas, no hubiese conseguido una victoria tan decisiva. Por el atomismo nos explicamos hoy las leyes del sonido, de la luz, del calor y las transformaciones físicas y químicas, y, sin embargo, el atomismo es hoy tan impotente como en tiempo de Demócrito para explicar la más simple sensación del sonido, de la luz, del calor, del gusto, etc. A pesar de todos los progresos de la ciencia, á pesar de todas las transformaciones de la idea de átomo, el abismo es igualmente profundo y no se colma poco ni mucho, teniendo que establecer con éxito una teoría completa de las funciones cerebrales y dar cuenta exacta del origen y la marcha de los movimientos mecánicos que corresponden á la sensación, ó en otros términos, que producen la sensación. La ciencia no debe desesperar de explicar, por medio de esta arma poderosa, los actos más complejos y los movimientos más importantes de la vida humana, recurriendo á la ley de la conservación de la energía y relacionando esos actos y movimientos con las fuerzas de tensión transformadas en el cerebro bajo la influencia de las excitaciones nerviosas, pero le estará eternamente vedado echar un puente entre el sonido más elemental, en tanto que es *sensación de un sujeto* (mi sensación) y los procesos de descomposición del cerebro que la ciencia está obligada á admitir para explicar esta misma sensación del sonido como un hecho del mundo material. Tal vez la escuela de Elea influyó algo en el modo con que Demócrito cortó este nudo gordiano; dicha escuela miraba el movimiento y el cambio como una simple apa-

riencia, como una apariencia completamente ilusoria; Demócrito aplica esta negación á las cualidades sensibles de los objetos: «lo dulce, lo amargo, el calor, el frío, el color, no existen más que en el pensamiento; en realidad, no hay más que átomos y vacío». La sensación, como dato inmediato, era para él algo engañoso, y se concibe fácilmente que se lamentara de que la verdad estuviese tan profundamente oculta y concediese á la reflexión valor más grande, desde el punto de vista del conocimiento, que á la percepción inmediata; pero, como los conceptos con que explicaba la reflexión estaban combinados con los datos de la intuición sensible, su teoría de la naturaleza tenía una verdad general; así, refiriendo constantemente todas las hipótesis á la observación de la imagen que en él se había formado por el movimiento de los átomos, Demócrito evitaba los inconvenientes que son inseparables del empleo exclusivo de la deducción.

4.^a «El número de los átomos es infinito y sus formas de una diversidad infinita también; cayendo eternamente al través del espacio inmenso los más grandes, cuya caída es más rápida, chocan con los más pequeños; los movimientos laterales y los torbellinos que de esto resultan, son el principio de la formación del mundo. Los innumerables mundos se forman para perecer en seguida, simultánea ó sucesivamente» (14). Esta idea tan grande, considerada con frecuencia en la antigüedad como monstruosa, se aproxima más á nuestras concepciones actuales que el sistema de Aristóteles, el cual demostraba *a priori* que, fuera de su mundo completo y acabado en sí, no podía existir otro. A propósito de Epicuro y de Lucrecio, de quien poseemos documentos más detallados, volveremos á tratar del conjunto de esta cosmogonía; por el momento nos contentaremos con decir que tenemos razones para afirmar que las grandes líneas del atomismo epicúreo, mientras no conste formalmente lo contra-

rio, provienen de Demócrito. Epicuro, aunque aceptaba que los átomos fuesen en número infinito, no admitía la variedad infinita de sus formas; su innovación referente al movimiento lateral tiene más importancia. Demócrito expone un sistema consecuente en todas sus partes, el cual sin duda no le aceptaría la física actual, pero que prueba que el pensador griego desarrolló sus teorías según los principios estrictamente físicos tan bien como era posible en su tiempo. Partiendo de la hipótesis errónea de que las grandes masas, á igual densidad, caen con más rapidez que las pequeñas, hacía que los más grandes átomos alcanzasen y chocaran con los primeros en su caída al través del espacio; como los átomos tienen formas diversas y, por regla general, el choque no puede ser central, había de resultar para estos cuerpos microscópicos una rotación alrededor de su eje y movimientos laterales, cuya conclusión no contradicen, por cierto, nuestros conocimientos actuales en mecánica. Admitido esto, los movimientos laterales deben necesariamente hacerse cada vez más complicados, y como los choques sucesivos de nuevos átomos sobre una agrupación ó capa que experimenta ya el movimiento lateral producen sin cesar una fuerza viva nueva, es permitido creer que el movimiento se opera con una intensidad progresiva. Los movimientos laterales, combinados con la rotación de los átomos, pueden fácilmente producir movimientos de retrogradación; si en una capa así transformada los átomos más pesados, es decir, los más grandes, conservan siempre un movimiento más rápido en dirección de arriba abajo, resultará por último, que éstos vendrán á ocupar la parte inferior de la capa, mientras que los átomos más ligeros se reunirán en la superior (15). La base de toda esta teoría y la idea de la caída más rápida de los grandes átomos, fué combatida por Aristóteles y parece ser que esto determinó á Epicuro, conservando todo lo demás del edificio filosófico de Demócrito, á imaginar para los

átomos sus desviaciones no motivadas de la línea recta. En efecto: Aristóteles decía que si existiese un espacio vacío, lo que le parecía imposible, todos los cuerpos deberían caer en él con igual rapidez y que, las diferencias de velocidad en la caída, provendrían de la diferencia de densidad del medio que hubieran de atravesar, agua ó aire; pero en el vacío no hay ninguna especie de medio y, por consiguiente, la caída de los cuerpos ha de ser uniforme. Sobre este punto, como en su teoría de la gravitación hacia el centro del mundo, Aristóteles está completamente de acuerdo con los resultados obtenidos por la ciencia moderna, pero sus deducciones no son más que accidentalmente racionales y están mezcladas con sutilezas semejantes á las que le sirven para probar la imposibilidad de un movimiento cualquiera en el vacío. Epicuro resumió la cuestión y acabó diciendo que, puesto que no existe resistencia en el vacío, todos los cuerpos deben caer con igual velocidad; esto parece completamente conforme con la física actual, pero sólo lo parece, porque la noción exacta de la gravitación y de la caída de los cuerpos faltaba en absoluto á los antiguos. Es interesante comparar aquí cómo Galileo, después de haber penosamente inquirido y encontrado la verdadera ley de la caída de los cuerpos, se atreve á deducir *a priori* que todos los cuerpos caen con igual velocidad en el vacío, mucho tiempo antes de que la máquina neumática hubiese demostrado la realidad del fenómeno; en conclusión semejante, ¿tendría Galileo alguna reminiscencia de Aristóteles ó Lucrecio?

5.^a «La diferencia de todas las cosas proviene de las diferencias de sus átomos en número, volumen, forma y coordinación; pero los átomos no tienen diferencias cualitativas, no tienen *estados internos*, no obran los unos sobre los otros más que por la presión ó el choque» (16). En la tercera proposición de Demócrito hemos visto que considera las cualidades sensibles, tales como el color,

el sonido, el calor, etc., como una apariencia falaz y engañosa, lo que quiere decir que sacrifica el aspecto subjetivo de los fenómenos (el único, sin embargo, que nos es inmediatamente accesible), para llegar de una manera lógica á una explicación objetiva. En efecto, Demócrito se entrega á profundas investigaciones relativas á lo que ha de servir de base á las cualidades sensibles de los objetos; según él, nuestras impresiones subjetivas se regulan por la diferencia de agrupación de los átomos en un esquema, el cual nos recuerda el esquema de nuestros químicos (17). Aristóteles vitupera á Demócrito el haber referido sólo al tacto todas las sensaciones, censura que á nuestros ojos es más bien un elogio; pero el punto oscuro está precisamente en esta misma sensación del tacto. Fácil es colocarnos en un punto de vista desde el cual todas las sensaciones se nos aparecen como modificaciones de esta del tacto; pero aun así, todavía nos quedan muchos enigmas que resolver! No podemos eludir con tanta sencillez como Demócrito la cuestión de saber cómo se conduce, frente á la presión ó al choque que la provocan, la más simple y elemental de todas las sensaciones. La sensación no está en el átomo considerado aisladamente, y menos aún en un grupo de átomos; ¿cómo, en efecto, podría la sensación atravesar el vacío para venir á componer una unidad? La sensación se produce y determina por una *forma* en la cual los átomos obran concurrentemente; aquí el materialismo prescinde del formalismo, lo que Aristóteles no se olvidó de hacer constar (18). Pero mientras que este último coloca en las formas trascendentales las causas del movimiento, y vicia así en sus orígenes cualquier estudio de la naturaleza, Demócrito se guarda muy bien de perseguir el aspecto formal de su propia teoría que le hubiese conducido á las profundidades de la metafísica. Más tarde, Kant, en la *Crítica de la razón*, arrojó un primer y débil rayo de luz en este abismo misterioso que, á pesar de todos los pro-

gresos de la ciencia, está todavía en nuestro tiempo como en la época de Demócrito.

6.^a «El alma está formada de átomos sutiles, lisos y redondos como los del fuego; estos átomos son los más activos de todos y, de su movimiento, que penetra por todo el cuerpo, nacen los fenómenos de la vida.» Aquí, pues, como en Diógenes de Apolonia, el alma es una materia especial; según Demócrito, esta materia se extiende por todo el universo provocando en todas partes los fenómenos del calor y de la vida. Demócrito reconocía, por tanto, una diferencia entre el alma y el cuerpo (que no será muy del agrado de los actuales materialistas), y hace que esta diferencia redunde en provecho de la moral, exactamente lo mismo que los dualistas en general. El alma es la parte esencial del hombre, y el cuerpo no es más que el recipiente del alma; al cuerpo es en primer término á quien debe dirigirse nuestra solicitud, pero la felicidad reside en el alma; la belleza corporal sin la inteligencia tiene algo de bestial. Se ha llegado hasta atribuir á Demócrito la teoría de un alma divina del mundo, pero en realidad no habló más que de la diferenciación universal de esta materia móvil que, en lenguaje figurado, pudiera muy bien representar el elemento divino del mundo, sin concederle otra cosa que las propiedades materiales y los movimientos mecánicos. Aristóteles se burla de Demócrito por la manera que, según él, el alma pone en movimiento al cuerpo; con tal motivo emplea la comparación siguiente: «Cuentan que Dédalo fabricó una estatua móvil de Venus, y el cómico Philippus explicaba el movimiento de la escultura diciendo que Dédalo había echado mercurio en el interior de la estatua; así—añade Aristóteles—es como Demócrito pone al hombre en actividad por medio de los átomos móviles que están en su interior». La comparación es inexacta (19), pero nos ayuda á comprender la absoluta diferencia de dos principios completamente distintos que

pueden seguirse en la interpretación de la naturaleza. Según Aristóteles, no es mecánicamente, á la manera de la estatua, sino por la elección y el pensamiento cómo el alma hace mover al hombre, siendo esto claro y evidente hasta para los salvajes mucho tiempo antes de que la ciencia hubiera balbuceado sus primeras enseñanzas. Toda nuestra ciencia consiste en referir cada fenómeno particular á las leyes generales del mundo; este trabajo de nuestro pensamiento, en último resultado, tiene por objeto hacer entrar los actos mismos de los seres racionales en dicho encadenamiento; Demócrito deducía esta consecuencia y Aristóteles desconoció su importancia.

La teoría del espíritu—dice Zeller—no la deriva Demócrito de la necesidad general de un principio más profundo para la explicación de la naturaleza; ha considerado el espíritu, no como la fuerza creadora del mundo, sino solamente como una materia al lado de otras materias. El mismo Empédocles había mirado la inteligencia como una cualidad interna de los elementos; mas para Demócrito es sólo un fenómeno que resulta de las propiedades matemáticas de algunos átomos en relación con otros; pues en esto precisamente es en lo que consiste la superioridad de Demócrito, y toda filosofía que con seriedad trate de comprender el mundo de los fenómenos tendrá que volver forzosamente á esta idea de Demócrito. El caso especial de los movimientos que llamamos intelectuales debe explicarse según las leyes generales del movimiento, ó queda inexplicado. El defecto del materialismo está en detenerse después de esta explicación, es decir, en el momento en que comienzan los más altos problemas de la filosofía; pero quien con pretendidas nociones racionales, que no dan pasto alguno á la intuición sensible y al entendimiento, se empeña atolondradamente en explicar la naturaleza exterior y comprender en ella los actos intelectuales del hombre, ese, aunque se llame Aristóteles ó Hegel, mina la ciencia por su base. Indu-

dablemente, el viejo Kant se pronunciaría aquí á favor de Demócrito contra Aristóteles y Zeller; Kant declaró que el empirismo está perfectamente justificado mientras no se haga dogmático y se satisfaga con oponerse «á la temeridad y audacia de la razón que desconozca su verdadero papel, que se glorifica de su sagacidad y su ciencia en el momento que acaba toda sagacidad y ciencia, que confunde los intereses prácticos con los intereses teóricos y rompe el hilo de las investigaciones físicas cuando le place». Esta temeridad de la razón enfrente de la experiencia, y este injustificable abandono de la observación, tiene todavía hoy un papel tan importante como en la antigüedad helénica. Más adelante trataremos ampliamente este asunto por el que, una sana filosofía, no puede tomar al materialismo bajo su amparo con demasiada energía.

La moral de Demócrito, á pesar de la superioridad que se concede al espíritu sobre el cuerpo, en el fondo no es más que una teoría de la felicidad completamente de acuerdo con su exposición materialista del mundo. Entre sus sentencias morales, que se han conservado en mayor número que los fragmentos de su física, se encuentran por cierto muchas lecciones de la antigua sabiduría aplicables á los sistemas filosóficos más distintos. Demócrito, combinando dichas sentencias con preceptos tomados de su experiencia personal, las expresó en un sentido demasiado práctico y popular para que pudieran llegar á ser características de su sistema; sin embargo, con esos fragmentos es fácil reconstruir una serie de pensamientos lógicos que descansan en un reducido número de principios elementales. «La felicidad consiste en la tranquila serenidad del espíritu, á la que el hombre no puede llegar más que dominando sus deseos; la moderación y pureza de corazón, unidas á la cultura del espíritu y al desarrollo de la inteligencia, dan á cada hombre los medios de alcanzarla, á pesar de todas las vicisitudes de la vida. Los

placeres sensuales no procuran más que una breve satisfacción, y sólo aquel que hace el bien por el bien mismo, sin que le mueva á ello el temor ni la esperanza, goza de una satisfacción íntima y durable.» Semejante moral se halla muy lejos, ciertamente, del sensualismo de Epicuro ó de ese egoísmo refinado que va unido al materialismo del siglo XVIII. Sin embargo, le falta el criterio de toda moral idealista, de un principio de nuestras acciones derivado directamente de la conciencia é independiente de toda experiencia; lo que es bueno ó malo, justo ó injusto, Demócrito parece suponerlo conocido sin más averiguaciones; la serena tranquilidad del espíritu es el bien más durable y no puede obtenerse más que por pensamientos y acciones virtuosos, que son para Demócrito los datos resultantes de la experiencia, y la felicidad del individuo descansa en la persecución de esta interior armonía.

De los grandes principios que sirven de base al materialismo moderno, sólo uno falta en Demócrito: *la supresión de toda teleología por medio de un principio puramente físico* que haga salir la finalidad de su contrario. En efecto: tal principio debe ser admitido tantas veces cuantas se quiera establecer con seriedad una sola y única especie de causalidad: la del choque mecánico de los átomos. No basta manifestar que son los átomos más sutiles, más activos y más numerosos los que dan nacimiento á los fenómenos del mundo orgánico, es preciso mostrar también por qué esós átomos producen, en vez de otras formas cualesquiera, cuerpos delicadamente contruídos, como las plantas y animales, con todos los órganos necesarios para la conservación de los individuos y las especies. Sólo cuando esta demostración se haya hecho, en toda la extensión de la palabra, se podrá comprender el movimiento intelectual como un caso particular del movimiento universal. Demócrito ensalzaba la finalidad de las formas orgánicas, sobre todo el cuerpo humano, con la admiración de un pensador naturalista; no

hallamos en él rastro alguno de esa falsa teleología que pudiera llamarse la eterna enemiga del estudio de la naturaleza, pero tampoco hace la menor tentativa para interpretar la aparición de esta finalidad por la acción ciega de la necesidad natural; ignoramos si esto es un vacío de su sistema ó de los fragmentos que han quedado de sus obras. Sin embargo, sabemos que esta última tesis, fundamental de todo materialismo, se produce entre las especulaciones filosóficas de los helenos, y, bajo lo grosero de la forma, el sentido es perfectamente claro é inteligible. Lo que Darwin ha hecho en la época actual, apoyándose en una considerable cantidad de conocimientos positivos, Empédocles lo hizo en la antigüedad enunciando este sencillo pero decisivo pensamiento: «Hay preponderancia de organismos adecuados á sus fines porque está en su esencia conservarse largo tiempo después de la desaparición de aquellos que carecen de dichas propiedades».

En Sicilia y la Italia meridional la vida intelectual de los helenos llegó á su completo desarrollo casi tan pronto como en las costas del Asia Menor; la «Gran Grecia» misma, con sus ricas y soberbias ciudades, había precedido largo tiempo á la metrópoli en este camino cuando los rayos de la filosofía se concentraron como en un foco en la ciudad de Atenas. Al rápido desenvolvimiento de las colonias griegas debe haber contribuído una causa semejante á la que arranca á Goethe este suspiro: «América, tú eres más feliz que nuestro viejo continente; tú no tienes ni ruinas de castillos ni mármoles». La libertad más grande enfrente de las tradiciones, el alejamiento de los lugares sagrados venerados desde siglos remotos, la casi completa ausencia de ambiciosas familias sacerdotales con su autoridad profundamente arraigada: todo esto parece que ha favorecido considerablemente la transición que desata á los espíritus de las creencias religiosas, á las cuales están avasallados, y les hacen aptos para las

investigaciones científicas y las meditaciones filosóficas. La asociación pitagórica, con toda su severidad, era una innovación religiosa de un carácter bastante radical, y los miembros eminentes que contaba en su seno desarrollaron el estudio de las matemáticas y de las ciencias físicas y naturales con un éxito desconocido en Grecia antes del período alejandrino.

Jenofonte, de regreso del Asia Menor en la Italia meridional, fundó allí la escuela de Elea y fué un ardiente propagador de cultura; combatió las ideas místicas relativas á la esencia de los dioses y las reemplazó por una concepción filosófica. Empédocles de Agrigento no debe ser considerado como materialista, porque en él la fuerza y la materia están aún separadas sistemáticamente; él fué acaso el primero que en Grecia dividió la materia en cuatro elementos; esta teoría debió á Aristóteles tan consistente vitalidad que aun hoy en la ciencia se descubren sus huellas en muchas partes. Además de los elementos, Empédocles admite dos fuerzas fundamentales: el *Amor* y el *Odio*, que en la formación y en la destrucción del mundo están encargados de producir el uno la atracción y la repulsión el otro. Si Empédocles hubiera hecho de estas fuerzas cualidades de los elementos, podríamos incluirle sin dificultad alguna entre los materialistas, porque no sólo el lenguaje pintoresco de sus poesías filosóficas toma sus descripciones de los sentimientos del corazón humano, sino que pone también á contribución el Olimpo y el Tártaro para dar calor y vida á sus ideas y para ocupar, en fin, la imaginación al propio tiempo que el entendimiento. Pero estas fuerzas fundamentales son independientes de la materia, á intervalos inconmensurables; tan pronto es una como otra la que triunfa; cuando el *Amor* reina como dueño absoluto, todos los elementos reunidos gozan de una paz armónica y forman una esfera inmensa; pero si el *Odio* llega á ser el omnipotente, todos se separan y dispersan; en ambas

hipótesis no existen seres aislados; la vida terrestre está pendiente por completo de las alternativas que llevan al universo esférico: por la fuerza progresiva del *Odio* á una disolución ó por la fuerza creciente del *Amor* al resultado opuesto. En la actualidad vivimos en este último período, y, según las ideas fundamentales del sistema, hemos dejado ya detrás de nosotros un inmenso espacio. Los detalles de su cosmogonía no nos interesan tanto como la cuestión del nacimiento de los organismos, pues acerca de dicho punto hallaremos el pensamiento que ha ejercido tan enérgica influencia, gracias á Epicuro y á Lucrecio.

El *Odio* y el *Amor* no obran según un plan, ó por lo menos trabajan sólo para producir la separación ó reunión universal de los elementos; los organismos nacen por un juego fortuito de los elementos y las fuerzas fundamentales; en primer término se forman las plantas y después los animales. La naturaleza produce en un principio los organismos animales de una manera parcial: ojos sin cara, brazos sin cuerpo, etc. El desarrollo de la fuerza que asocia las cosas provoca un movimiento confuso de los cuerpos y los reúne ya de un modo ó de otro; la naturaleza, por decirlo así, ensaya todas las combinaciones antes de producir una criatura viable, y, por último, un ser capaz de reproducirse; desde que este ser existió se conservó por sí mismo, mientras que las anteriores criaturas desaparecieron tal como habían nacido. Ueberweg, á propósito de esta concepción, observa que podía comparársela á la filosofía natural de Schelling y Oken, y á la teoría de la descendencia de Lamarck y Darwin; sin embargo, esta última hace consistir al progreso más bien en la diferenciación sucesiva de las formas más elementales, en tanto que la concepción de Empédocles la busca con preferencia en la combinación de las formas heterogéneas entre sí. Esta observación es justa, y aun se pudiera añadir que la teoría de la descendencia está apo-

yada en los hechos y la de Empédocles, por el contrario, juzgada desde el punto de vista de la ciencia actual, parece fantástica y absurda. No obstante, es preciso hacer notar lo que hay de común entre ambas teorías, que contrastan por completo con la filosofía natural de Schelling y Oken, y es el nacimiento puramente mecánico de los organismos apropiados á sus fines por el juego repetido hasta lo infinito de la *procreación y de la destrucción*, juego en el cual persiste, en definitiva, cuanto lleva consigo un carácter de duración en su constitución relativamente accidental. Si, con respecto á Empédocles, está permitido persistir en una duda crítica y preguntarse si realmente ha entendido las cosas en tal sentido, no es menos cierto que Epicuro ha comprendido así la teoría de Empédocles y, por consecuencia, ha fundado con ella el atomismo y su doctrina acerca de la realización de todas las posibilidades.

En torno del nombre de Empédocles, como alrededor del de Demócrito, se han reunido multitud de cuentos y fábulas, las cuales explican en su mayor parte la admiración que inspiraba á sus contemporáneos la acción maravillosa que ejercía Empédocles sobre las fuerzas de la naturaleza. Mientras que, á pesar de la extrema sencillez de su vida y la limitada publicidad de su doctrina, Demócrito alcanzó un gran renombre debido sólo á los resultados positivos de su doctrina, Empédocles, por el contrario, parece que ambicionó la aureola mística del taumaturgo y la utilizó para sus proyectos de reforma; también trató de divulgar las ideas más puras relativas á los dioses, sin imitar el racionalismo de Jenóplanes, que rechazaba todo antropomorfismo. Empédocles creía en la metempsicosis; prohibió los sacrificios, así como el uso de la carne; su gravedad, su ardiente elocuencia y la reputación de sus acciones imponían al pueblo, que le veneraba como á un dios. En política fué celoso partidario de la democracia, á la que hizo triunfar en su ciudad nativa;

sin embargo, también él como otros muchos fué víctima de la inconstancia del favor popular, pues murió en el Peloponeso, desterrado probablemente. No comprendemos cómo sus ideas religiosas podían conciliarse con su filosofía natural. «¡Cuántas doctrinas teológicas, observa Zeller, han sido profesadas por filósofos cristianos que estaban en completa contradicción con el cristianismo!»